

sitúa ante una tarea que vale la pena afrontar, pero se lanza por un camino que aparta de su adecuada solución y conduce a un oscurecimiento del núcleo central del mensaje evangélico.

J. L. Illanes

José A. SAYÉS, *El misterio eucarístico*, Ed. Católica («BAC Normal», 482), Madrid 1986, XIX + 439 pp., 13 × 20.

Cuando un autor publica en el corto espacio de doce años tres volúmenes sobre una materia, hay que pensar que aquel tema le gusta particularmente y que ha venido a ser un especialista en ese campo de la ciencia. En nuestra opinión, este es el caso del profesor Sayés escribiendo sobre la Eucaristía. En 1974 hacía su presentación en el mercado teológico con un importante libro, la tesis doctoral en teología que lleva por título: *Presencia real de Cristo y transubstanciación. La teología eucarística ante la física y la filosofía modernas*. El entonces joven doctor nos regalaba a lo largo de 414 páginas, con un análisis ponderado y minucioso del debate teológico, suscitado en época reciente acerca del entrañable pero complejo misterio eucarístico. Dos años más tarde, la prestigiosa Biblioteca de Autores Cristianos quiso compartir la fortuna de la Facultad Teológica del Norte de España con sede en Burgos, que había editado la obra en la editorial Aldecoa, incorporando a su colección teológica el libro del profesor Sayés, editando un resumen con el título: *La presencia real de Cristo en la Eucaristía* (Madrid 1976). Finalmente, la misma editorial publica, en 1986, *El misterio eucarístico*, que es el libro que reseñamos.

Esta obra tiene carácter marcadamente didáctico, y lo que en ella pretende el Autor es que «sirva de texto claro y completo» (p. XVI). Con un propósito doctrinal manifiesto y decidido, formativo e informativo; con una excelente presentación de las cuestiones antiguas y modernas; con una evidente lealtad profesional de teólogo que busca sinceramente la verdad, haciéndosela «ver» pedagógicamente a los lectores; con un método que busca la transparencia hasta en las cuestiones más difíciles, el Autor ha conseguido —sumando muchas horas de esfuerzo— expresar convenientemente las verdades que conciernen al sacrificio sacramental de la Iglesia, como lo llama alguna vez utilizando terminología de la mejor tradición de la teología eucarística.

La estructura del libro es bipartita. La primera parte trata de la Eucaristía en la Sagrada Escritura y la segunda, de la Eucaristía en la Tradición de la Iglesia. La secuencia de los capítulos y epígrafes es como sigue: La Eucaristía en el Antiguo Testamento (I); la Eucaristía en el Nuevo Testamento (II); la presencia real del cuerpo y de la sangre de Cristo (III); el sacrificio eucarístico (IV); el banquete eucarístico (V); componentes sacramentales de la Eucaristía (VI). Sigue un apéndice sobre *Eucaristía y eumenismo*, junto con el índice de autores citados.

Una mención especial reclama la bibliografía, que introduce con frecuencia los apartados. Es selecta, abundante y abierta a las principales fronteras idiomáticas (alemana, francesa, italiana, inglesa, holandesa y castellana). Muchos títulos están traducidos. Acaso se echa en falta algún autor doméstico, gran conocedor de la Eucaristía y que se ha ocupado con maestría de puntos básicos, como es el caso de Emilio Sauras.

El rigor terminológico nos parece totalmente necesario. En ocasiones diríamos que ha sido bordado. Casi siempre tiene una formulación exacta, aunque, en otros momentos, hubiéramos deseado otros modos de expresión, sobre todo pensando en un texto teológico para alumnos. Señalamos algunos ejemplos de estos detalles. En p. 3, lin. 1, se dice: «La Eucaristía, instaurada...»; pensamos que sería mejor utilizar el verbo *instituit* (instituida), de uso tradicional, y que expresa más directamente la novedad del misterio cristiano. *Instaurar* suena más a institución recuperada. En p. 179, lin. 2-3, se usa el mismo vocablo para la fiesta del *Corpus Christi*, establecida por Urbano IV en 1264; al final, encontramos la afirmación de que la epiclesis tiene el doble efecto de hacer del pan el cuerpo de Cristo..., como atribuyéndole valor consecratorio, que ciertamente no sostiene el Autor, según se deduce de p. 388 ss. En p. 173, párrafo último, lin. 3, se lee: «haciéndose presente *en* las especies». Los textos de Magisterio emplean la preposición *sub* (bajo), que es más clara (cfr. Dz 874.876.885/1636.1640-41.1653). Algo parecido sucede en p. 174, párrafo 4, lin. 4: «toda la entidad del pan se convierte en toda la entidad del cuerpo de Cristo». Como es sabido, los accidentes son entidad de pan y no se convierten, sino que permanecen (Dz 884/1652). Por eso sería conveniente decir: toda la sustancia del pan..., aunque tenga resonancias de hilemorfismo. Por último, en p. 375, 2, lin. 10, se dice: «a través de una criatura», hablando de Cristo. Luego se explica que se refiere al cuerpo de Cristo, pero podría haberse evitado la redundancia de la explicación diciendo sencillamente: a través de su naturaleza humana o creada. No suena bien la frase, porque Cristo no es criatura. Es Dios, Persona Divina, aunque tenga naturaleza humana creada (cfr. Santo Tomás, *Sum. Th.*, 3 q 16 a 8).

No obstante el carácter manualístico del libro, encontramos un alarde de datos de la Sagrada Escritura, de la Patrística, de los textos medievales y de la teología moderna, especial campo de investigación para el Autor. Se tiene la impresión de que ha ido directamente a la busca del dato mediante un acceso personal a las fuentes de donde proceden. Y, que hayamos advertido, sólo en dos momentos habría que matizar la exactitud de los datos históricos. En p. 171,1, párrafo 3, lin. 8-9, se dice que «es la primera vez que el Magisterio asume el término de 'transubstanciación', referido el aserto al Concilio IV de Letrán. La verdad es que se encuentra —dos veces— en la Carta *Cum Marthae circa* de Inocencio III, escrita trece años antes de la celebración del Concilio en 1215. Y más exactamente, no aparece el término substantivo *transubstantiatio*, sino los verbales *transubstantiavit*, *transubstantiatur* (en la Carta), *transubstantiatis* (en el Concilio. Cfr. Dz 414.416/782.784; 430/802). Igualmente se da a entender en p. 168 (cfr. p. 364) que nace con Hugo de San Víctor la terminología *sacramentum tantum, res et sacramentum, res tantum*, cuando, según las últimas investigaciones en este campo, fue la escuela de Laon la que las formuló con anterioridad a la excelente obra del Victorino (Cfr. P. López-González, *Origen de la expresión «res et sacramentum»*, en *Scripta Theologica* (1985) 96 ss). De todos modos, por las fechas de publicación, es probable que el artículo citado —extracto y anticipo de la tesis doctoral del Autor— coincidiera con la publicación del profesor Sayés, razón por la que no habría conocido el interesante escrito.

También la factura material del volumen es esmerada, con una tipografía clara y agradable, dentro de la presentación sencilla de esta colección, como es costumbre de la Biblioteca de Autores Cristianos. No hemos observado erratas, cosa muy de agradecer, porque en muchas ocasiones los fallos tipográficos se burlan de los editores y del propio autor. Por una vez, sin embargo, tenemos la certeza de que el duendecillo de las letras ha originado el equívoco en un texto fundamental del *Contra gentes* de Santo Tomás en relación con la transubstanciación: «El cuerpo de Cristo sólo existe en un lugar por sus propias dimensiones, pero, mediante las dimensiones del pan, que se convierten en él...» (p. 174). Como es manifiesto, las dimensiones del pan no se convierten en el cuerpo de Cristo; se convierte el pan o, más propiamente, la substancia del pan. Con suprimir la letra *n* (convierte, en lugar de convierten) queda suprimido el equívoco. En el mismo párrafo sale otro *quid pro quo*. Dice: «cualquier cuerpo consagrado se convierte en el cuerpo íntegro de Cristo», cuando debe decir: cualquier pan consagrado (*quilibet panis consecratus*, dice el *Contra gentes*, IV, 64 (ed. BAC, Madrid 1953, II, p. 845).

Una última observación convendría hacer: cuando el Autor cuestiona la solución tomista del *accidens sine subiecto* (p. 242, nota 372), tras la conversión substancial. El Aquinate también ve la dificultad de la solución, pero no vio otra salida dentro de una metafísica coherente. Y la explicación que propone el profesor Sayés no nos parece convincente.

Por lo demás, no nos resta sino felicitar al Autor por esta aportación importante al acervo teológico de nuestro tiempo, para contribuir a la formación de los estudiosos de la ciencia sagrada. Por la experiencia de estos años, se llega fácilmente a la convicción de que pocas cosas hay tan útiles como un buen manual.

J. Sancho



# Reseñas

